



¿QUÉ ES NOVECENTISMO?

A cada instante volvemos a tropezar con la pregunta. Se nos exige sin piedad una definición exacta, una fórmula precisa, un programa concreto. Y no disponemos de nada semejante. El novecentismo es una iniciativa de proyección ignota, es un cambio de rumbo que aparta de la senda trillada, es un anhelo de nuevos horizontes, es una protesta contra lo marchito y caduco.

Sabemos, sí, cuanto no queremos. No queremos continuar bajo el imperio de doctrinas agotadas, no queremos estabilizarnos en la meta que alcanzó la generación, dueña ahora de la cátedra, donde nos ofrece una enseñanza quizá novedosa el año ochenta, no queremos reducir nuestro ideal a la lucha económica ni a la brega política.

También sabemos que es lo que queremos. Queremos que la ciencia con su criterio amoral no sea sierva de apetitos y concupiscencias,

que no sofoque los impulsos más nobles del alma humana, queremos que sea instrumento de una voluntad ética, queremos oponer al utilitarismo vulgar altos valores estéticos, queremos que la cultura nacional ascienda un tramo.

En una palabra queremos concluir con el positivismo empeñado en mecanizar el mundo y materializar al hombre y queremos forjar, libres de dogmas naturalistas, el credo llamado a reemplazarlo.

¿Cual es? Dios dirá. Si lo supiéramos no tendríamos necesidad de buscarle con el esfuerzo propio, con el estudio serio, con la contracción austera.

Y lo hallaremos bajo los auspicios de la libertad creadora! Lo realizaremos en la obra de arte como en la obra honestamente pensada y sobre todo en la afirmación consciente de la propia personalidad. Cuando alguien pueda sentarse a la sombra del árbol cuyo germen hoy plantamos dirá lo que el Novecentismo ha sido. Para nosotros es porvenir, esperanza y alborada, es camino no de mayor caudal, sino de más justicia y belleza. Con el Dante Alighieri digamos pues: *Incipit vita nova!*

LA REDACCIÓN.

APUNTES ESTETICOS

Odio l'usata poesia...

CARDUCCI.

Los renacimientos estéticos nunca despiertan junto al choque social de los pueblos que, como en el presente caso, olvidados de toda norma ética, entregan a las pasiones sus afanes egoístas y anegados en sangre fratricida asisten cual actores, a su propia bancarrota. Nunca el arte alzó su vuelo soberano sobre la ciudad humeante todavía y si lo hizo, una vez pasada la bélica circunstancia, se gustó por veces, desteñido y frío.

¿Acaso me diréis que France, en su tierra lacerada, es voz representativa? ¿Su epicureísmo escéptico se acuerda con el alma nueva que asoma a los ojos de las madres y mueve el sacrificio de los hijos? ¿Acaso D'Annunzio, el poeta que escanció su sed en el vaso de todas las humanas perversidades — donde el latino Lucrecio sólo encontrara amargura — puede hoy, estéticamente, conmovernos con la «máscara cívica», que ciñe la frente de su voluble musa? Jamás. La gesta pide, para ser cantada, la lira de Hugo o de Carducci y no

la femenil de quien soltó al aire vano un «nihilismo» de palabras, que desataría la furia de Foscolo, si el vate de los Sepulcros hoy viviera.

«Steriles transmissimus annos...» estériles transcurrieron por cierto; pero pronto, cuando la paz tienda su arco iris sobre el mundo y el humo laborioso de las fábricas empañe el azul del cielo, se alzarán, como esas flores de loto que abren maravillosos y cándidos pétalos sobre un lecho de cieno, el canto del poeta, que resuma las miserias y las glorias de la generación pasada y vincule, fraternalmente, con el anhelo alentado por Vigny y Leopardi, a los hombres dispersos y como lobos, carnívoros.

.. Quizá en oriente ya asome la estrella emersoniána, cuyos rayos guíen de nuevo nuestros afanes y nuestras luchas.

Nosotros en esta América — cuyos riquísimos senos aún permanecen vírgenes, tan vírgenes como hace cuatrocientos años — soportamos el vaho fatídico que asola al universo; cual eco fiel respondemos a la voz de Europa; temblamos como una hoja errante con las ráfagas que desde allí nos manda y viejos al nacer, sufrimos lo que debió sufrir la rosa del jardín de Calderón. Quizá ese vaho de tormenta sea barrido por el nativo pam-

pero: las fuerzas latentes de la raza despierten, con mensaje fraterno América postre a los pies de España sus preseas y la gran familia hispana, unida por el idioma y por el alma, ofrezca al mundo, nuevos mundos.

Rubén Darío, aquel poeta — en cuyo estro hay, como diría Chénier: «metal para cien campanas» — que supo ser clásico con Anacreonte y Góngora, épico con Hugo, exquisito e inquietante con Verlaine y Baudelaire; aquel poeta grande en sus defectos y grande en sus virtudes que, como al autor de Polifemo, se le debiera estudiar en dos fases: el «Darío bueno» y el «Darío malo», ha dejado — fuera del valor esencial de su obra estética — una triste herencia: la de sus discípulos, quienes saben imitar maravillosamente el «lado malo», con el mezquino inconveniente de olvidar que el maestro en todo puso genio. De ahí las gárrulas voces enamoradas de lo «gris» y de lo «impar»; las metáforas evanescentes e incongruentes; el hastío disfrazado con congojas místicas o sensuales perversidades; de ahí los crepúsculos violáceos, los cisnes vagabundos y los pálidos lirios en parques decorados a lo Watteau o Fragonard; de ahí el convencionalismo en fin... donde se resumen las febriles languideces de todas las literaturas, languide-

deces que se llaman petrarquismo, gongorismo, preciosismo... y hoy día, decadentismo o simbolismo.

Tolstoy, cómo en su hora, se levantó con ademán de apóstol, contra esa niebla horrorosa que envolvía al arte moribundo; cómo ante las modernas «Poéticas», sentimentales o sensibleras,—fuera preferible el rígido y «razonante código» de Boileau,—arrojó fuego su verbo de predestinado y cómo se contempla a través de su diatriba, digna de Juvenal o de Arquíloco, el desmoronamiento de lo que necesita todas las savias de la tierra, para poder alcanzar las constelaciones de los cielos.

¿Recordáis aquel dictado medioeval que inspiró a Santillana? La poesía era entonces, una «fermosa cobertura» de cosas útiles; hoy, habría que cambiar tal contenido — con permiso del Marqués — por cosas deleznales, cuando no nauseabundas.

Ponete mente almen com'io son bella.

DANTE.

¿Cuál será la poesía del mañana? Dejo la palabra a los graves sociólogos que, con ciencia infusa, estudian el misterioso «devenir», las eternas reacciones que en el mísero mundo se suceden: la humanidad para unos en marcha progresiva y cambiante, para otros repitiendo por ley fatal, las mismas curvas y siempre los mismos perfiles; aque-

llos munidos de copiosas cifras e índices de archivo, os lo explicarán todo por las fuerzas económicas; éstos, con arrebatos líricos, pondrán pasión y emoción en la raíz del universo. Acaso, con finas estadísticas, también os insinúen el movimiento estético por venir: sus caracteres étnicos, ilustrados por el clima y la raza y su finalidad civilizadora como «portavoz» de la cultura y del progreso; yo sólo sé decirlos en flaca prosa, que la poesía que sueño y que presiento, tendrá puestos los ojos en la luz del mundo antiguo y recogerá de allí sus fulgores y sus gracias para ataviar el sol del novecientos.

Todas las emociones que la nueva edad despierete: sensibilidad educada en el sacrificio y en la gloria; todas estas voces que se alzarán de la tierra, casi universalmente engrasada con rojas amapolas; todos los afanes de una aurora que mirará con horror lo pasado y se pondrá de pie por la fe y la esperanza, ante lo futuro; todo este mundo repito, cuando se vuelque en el verso, como reacción contra el arte churrigueresco o flameante, buscará la expresión fácil, la suave claridad, la precisión en el adjetivo y el «ne quid nimis» del inmortal venusino, que estas menguadas generaciones por la difusa catarata verbal, sin ritmo y sin medida, olvidaron.

La poesía llenará entonces, un altísimo ideal estético, será clásica y moderna: «el mármol del

pentélico, que dijera un grande maestro, labrado con mano y corazón cristianos».

No os asustéis con el vocablo «clasicismo», que acaso suene a cosa rancia o acadêmica; no se desea expresar, con tal efecto, la nomenclatura mitológica con que una época, tristemente poética, bautizó a los buenos burgueses y a los sitios familiares; no se trata de resucitar, por tanto, fríos lugares comunes ni dar vida a siglos ya muertos, vistiéndonos con sus ropajes para simular sus deseos y pasiones.

La eterna juventud del mundo antiguo, que cantó una límpida voz nuestra, debemos vislumbrarla, para que acerde con el nuevo espíritu, como armonía, verdad, dulce serenidad o templanza, eso que el alma griega expresó en la intraducible «sophrosyne».

Andrés Chénier, teorizó en versos sublimes, un difícil problema estético, el de la forma y el fondo, y digo difícil por las falsas interpretaciones que se le presta, sobre todo cuando gira alrededor de la «forma», en su sentido superficial y corriente, sin detenerse nadie a meditar que en ella, tal cual la estudia el doctísimo humanista colombiano Miguel A. Caro, reside todo el problema; este vocablo, tenía para los escolásticos la misma acepción que «materia» y significaba «substancialidad», es decir, lo que hoy llamamos malamente fondo de la obra de arte. ¿Acaso, las ideas que vagan en el espíritu del artista, sus sentimien-

tos, sus intuiciones geniales no tienen una «forma», rudimentaria si queréis, pero inseparable del «fondo», tanto que lo uno no puede vivir sin lo otro, que es lo que Croce llama la expresión del fenómeno estético? Pues bien, esa forma que ahora la contempláis concreta en el bloque de mármol que espera el cincel del escultor, requiere otra «accidental», meramente artística, que la educación y el temperamento individual puede ofrecer. De ahí el estudio de los grandes modelos de la época clásica: Horacio en la poesía lírica, por la flexibilidad de su talento, colmado de matices; de ahí el lazo entre lo antiguo y lo moderno, que todo artista que se estime debe ceñir y ennoblecer con la fuerza creadora de su genio; de ahí el error donde caen los despreciadores de la «forma», considerándola como atavío puerilmente lisonjero, muchas veces dañoso a la pristina frescura espiritual; de ahí esa poesía que aquende y allende el mar, hoy suena: que se detiene, henchida de difusas abstracciones cosmogónicas, con el trágico asombro de Pascal, ante lo infinito, y no acierta, por carecer del valor formal — a pesar de la ristra de puntos suspensivos — a producir una alta emoción estética. En cambio, cuán hermosamente percibimos dicha emoción, por la armonía de ambos elementos, en estos maravillosos versos del inmortal recanatense — cuando sumergido como aquellos en el misterio del más allá, que

sugiere la tarde con sus arreboles y la noche con sus estrellas, suelta su sentir:

Così tra questa
Immensità s'annega il pensier mio:
E il naufragar m'è dolce in questo mare.

León, Chénier, Goethe, Byron y Leopardi, los mayores poetas que en el mundo han sido, eumbres eternas e inmutables, realizan esa íntima unión del nuevo espíritu con el «sabor antiguo», como dice el cantor de El Ciego.

A mediados de la primera mitad del siglo diez y ocho, Voltaire, en Londres, escribía:

«Il faut peindre avec des couleurs vraies comme les enciens, mais il ne faut pas peindre les memes choses.»

El alma del novecientos se derrame con la limpidez soberanamente hermosa de la edad clásica. Despierte, en esta tierra, «la progenie nueva con el nuevo canto»: aquel que recoja, dentro de la poesía épica o narrativa, las rapsodias dispersas como flores silvestres en nuestras pampas, y refleje en sus estrofas el sol de la «argentinidad», cuyo velo secular una potente mano descorriera;

y el anhelo, por tanto, del férvido cantor del Peregrino:

Aun tus bosques, tus ríos y tus seres
No ha sorprendido el ojo del poeta,

se cumpla, con amoroso intérprete.

El poeta lírico abra de par en par las puertas de su alma a los grandes sentimientos; no se encierre en su «torre de marfil», como dijera Sainte Beuve, cuando el mundo se commueve en sus caras ilusiones o cuando el huracán azota reciaemente. Odie al profano con los dos amigos de Meceñas, si su bajeza le salpica, pero no desoiga el turbión de la vida, cual lo hizo el poeta de Esmaltes y Camafeos, porque caería en lo artificioso y amanerado, pues el arte ha menester no como esas flores del aire, de rocío vespertino sino de savia terrera, que cuanto más fecunda hará a aquel más pujante.

Sea «il dolce stil nuovo», que dijo el Alighieri, la íntima correspondencia del sentimiento y la expresión artística; y sea el verso del primer canto divino:

Lo bello stile che m'ha fatto onore,

altísima levanta da lo ~~...~~

Las alas del poeta entonces, no serán las del Albatros de Baudelaire, rebeldes al vuelo, sino las que enderecen armoniosamente, henchidas de brisa; hacia la luz esplendorosa del mediodía.

Jorge M. Rohde.

LA HISTORIA DE LA LITERATURA ARGENTINA, DE RICARDO ROJAS

Los trabajos doctrinarios o de simple erudición son raros en estas regiones de América, no sabemos si porque nuestras necesidades intelectuales se satisfacen con lo que escriben en Europa y nos traducen al castellano, o porque en realidad falta ese ambiente caluroso, patrimonio de sociedades más cultas, que estimula el pensar, prohija las nobles aspiraciones del espíritu y aplaude como propio el triunfo de sus sabios y artistas.

Posiblemente estas dos causas y otras muchas contribuyen a determinar la modalidad intelectual, no ya argentina sino hispanoamericana, anestésica y pasiva, según la calificación del doctor Vaz Ferreira. Pero no deben olvidar los sabios y los artistas, que ese ambiente caluroso suele ser, a veces, fruto del empeño que se ponga en crearlo. Que lo general es, como nos lo demuestra la historia, que la sociedad engendre a sus hombres, sugiera ideales a sus poetas o pintores y aliente a los estudiosos, y así se explica que los períodos más gloriosos del pensamiento humano coincidan casi siempre con los de la grandeza de los pueblos, pero que es innegable también que la acción individual influye en la formación de ese «ambiente» y hasta lo realiza por sí sola.

Esta teoría, novísima allá por 1870, cuando Hennequin la formulaba en su estética sociológica, debe hacernos reflexionar en nuestras invectivas contra «el ambiente», justificación ineficaz y clásica de todas las literaturas pobres. No ha de olvidarse la misión pedagógica, diríamos, que tienen en una sociedad, sabios y artistas, sin que por ello se entienda que pretendemos renovar aquí la vieja cuestión de «la independencia del arte» que hoy ya nadie disente.

Existen, en nuestro sentir, otras causas más poderosas que las anteriores, determinantes de nuestra anestesia intelectual. En primer término la presuntuosa o por lo menos optimista concepción de la personalidad, propia de los países donde el analfabetismo es cuestión perentoria, y en segundo término, la tendencia a la universalidad del conocimiento, que redundan en un *diletantismo* superficial y pródigo. En cierto sentido la última causa es producida por la primera, puesto que sólo la petulancia puede aspirar a realizar la fórmula de Zenón.

El optimismo, que no es el saludable optimismo de la filosofía sino el de la ignorancia, nos ha llevado al falso concepto de no ver en el arte sino una vocación, una vaga inquietud de amor y de gloria, un misterioso poder, como dice Lolié, que nos conduce en línea recta más allá de los horizontes visibles, al Eldorado de los artistas, a los Campos Elíseos, y por eso sucede entre nosotros — en menor escala por felicidad — lo que sucedía en la Francia posterior a los Cenáculos gloriosos: un prodigio interminable en versos, crónicas y libros.

De aquellos tiempos y de aquella tierra nos quedó, entre otras cosas, «Les Fleurs du mal» y una

amarga lección. ¡De éstos, Dios sabe lo que irá a quedarnos!

No sabemos hasta dónde sería conveniente hacer del arte una profesión. Si por lo bello entendemos «una finalidad sin fin», según la concepción kantiana, cuya esencia es «la libertad», en la más amplia acepción del término, según Schiller, y por arte la realización de esa finalidad, el solo enunciado de una profesión artística, claro está que plantea con el principio de su desinterés una antinomia irreductible, casi abstrusa, pero aun así convendría que meditéramos sobre ello, seguros de encontrar en su solución la muerte del enciclopedismo petulante y el medio de emancipar la literatura, la más zarandeada de las artes, del bufete, del consultorio o de las oficinas, cuando no de los pequeños negocios burgueses. Tanto es el respeto que nos inspira que deseamos, como se ve, someterla a las leyes de la oferta y de la demanda para que el formidable tamiz nos salve de tanto libro malo y tanto verso rípioso.

Lo que llevamos dicho explica que una obra de pensamiento y erudición cause sensaciones vivas y sea lo que el vaso de agua fresca en los caminos arenosos, del viejo e insustituible símil.

La Historia de la Literatura Argentina, de Ricardo Rojas, cuyo primer tomo, Los Gauchescos, se publicó en Buenos, hace algún tiempo, es entre las de su índole la obra más seria que produjo América en estos últimos años, no tanto por la sólida textura y el trabajo asombroso que revela, cuanto por la influencia que le está reservada ejercer en la cultura argentina.

Habrán notado el lector que nos hemos propuesto, desde la primera línea, hacerle disonar de su

ambiente al Sr. Rojas, y aunque para ello no necesitaba de nosotros ni de nadie, buena suele ser la justicia por sí misma y vale aún más cuando, como en el caso presente, tiene la pretensión de caracterizar a una figura, que los tiempos venideros mirarán como un símbolo de la nacionalidad y el más alto exponente de su raza, en una hora histórica.

Si atendimos al método de las diferencias, de la lógica inglesa, que es el mejor para descubrir relieves, veremos que Ricardo Rojas ni tuvo una presuntuosa opinión de su robusta personalidad, por eso es maravilloso equilibrio de talento y de estudio, ni se ha presentado jamás, que nosotros sepamos, como un pretense universalista. Desde su iniciación en la vida literaria, casi niño todavía, encauzó su espíritu en una corriente de estudios, donde llegó a ser en plena juventud, a fuerza de labor, maestro eximio. Tuvo la intuición de su «argentinidad» y desde el día en que abandonó las disciplinas escolares, para hacerse, como nos dice en alguna parte, «estudiante libre de la universidad del arte», se esforzó por darle forma, vida y luz a esa intuición.

La literatura y la historia nacionales le deben obras ya consagradas y la última, podrá decirse algún día, que halló en él la gravedad filosófica de Guizot y la ternura lírica de Michelet.

Como el autor de la Historia de la Civilización en Francia, supo prescindir de hechos y de hombres al explicarnos los fenómenos de nuestra nacionalidad y lo mismo que Michelet con la Ciudad Eterna, hizo Rojas al indagar las causas recónditas de nuestra vida como pueblo. El autor francés había pedido al cauce milenar del Vulturinus el secreto de la grandeza romana, terrible y eterna; el hijo del

país de la selva, remontando «el río manso, color de león», en busca del *argentum* pristino de su tierra amada, recorrió todas las latitudes americanas, hasta cantarle en la hora centenaria, el «laus terrae», sobre la tumba de sus pobres indios.

No está lejana la hora en que ha de estudiarse el método histórico de Rojas, como lo hizo en Francia con el cantor de «El Pájaro», Gustavo Lanson. Y ha de reconocérsele la gloria de haber encarado el problema sociológico argentino, sin hacer sociología, desde un punto de vista más alto que el que tuvieron sin excepción todos los historiadores nacionales.

Tuvo Ricardo Rojas, la intuición de la argentinidad, como dijimos, y supo explicarla, a la luz de todas las doctrinas, por medio de todos los factores determinantes de una vida colectiva, inclusive los elementos económicos y jurídicos, únicos decisivos, en el sentir de muchos sociólogos modernos. Y tuvo esta intuición en una época de pesado positivismo, que todavía nos aleanza, y a cuyas exequias nos es dado asistir, por eso su obra de pensador es doblemente digna. Su vida íntegra podría definirse como una noble aspiración por dar forma a ese pensamiento tan hermosamente expresado con el título de uno de sus recientes libros. Y la historia de la literatura argentina es en cierto sentido la integración culminante de ese pensamiento.

Obra heroica, diría un humanista español contemporáneo, muy dado a estas expresiones, y por cierto que la es, si por heroicidad hemos de entender lo que Vaz Ferreira, en su «Moral para los intelectuales», llamaba «el heroísmo de los escritores», es decir la resignación para una descontentada ingratitud o para el «vaeŕos». Nosotros diremos aún

más: el autor es un héroe, no en el vulgar sentido de revelarnos la paciencia de un monje de San Mauro ni el valor de presentarse a nuestros pequeños cenáculos, a ser tema de sus acrimonias, sino un héroe de la fórmula de Carlyle. Tiene lo que el pensador inglés les exigía a los suyos: sinceridad; y tiene algo más: un gran amor puesto al servicio de una gran causa.

Cuentan de Renan que, interrogado en cierta ocasión por un amigo burgués, sobre la importancia del estudio que hacía de los códices de las antiguas catedrales, por cuenta de L'Académie des Inscriptions, contestó, con su habitual laconismo: «Je fais patrie». El ilustre apóstata hacía patria, en efecto, y dígalo si no el reconocimiento de los franceses de ahora para aquel estudioso de sus cielos bárbaros del medioevo. Y bien; lo mismo podríamos decir los argentinos de don Ricardo Rojas, que con alma de artista y sabiduría de mago, exhuma mitos y leyendas para buscar en ellos, bajo la pátina que le amontonaron los siglos, el secreto de la estirpe: hace patria, o por lo menos, integra el concepto de patria. Porque si patria es, entre otras cosas, lo que con clarividencia decía Aristóbulos del Valle, amor al pasado, preocupación del presente y fe en el futuro, la última obra de Rojas, está dentro de su significación. ¿No contribuye, acaso, a definirnos mejor lo que fuimos por nuestra cultura y lo que por ella seremos?

Ninguna fuente de estudios es más apropiada para sugerir ideales colectivos que la historia de un pueblo, historia que será insuficiente y cumplirá mal con su misión ética si no lleva el aditamento de una literatura.

La literatura nos cuenta las preocupaciones y los sentimientos de las generaciones pasadas, el concepto que se formaron de la vida, los ideales que tuvieron, sus odios y sus amores. El proceso de la simple historia, además, no siempre suele ser el de la lógica, y es por eso que en ninguna ciencia como en la historia se mellan los determinismos y se desmiente a la razón; y es por eso también que toda sociología resulta imposible. Para cumplir bien con su finalidad moral y cívica, para saturarse del pasado y descifrarlo, para penetrar hasta la esencia misma de las intimidades de un pueblo, debe la historia recurrir a sus artes, principalmente a la literatura, la más asequible de todas. La Canción a la Luna de Sapho, con su sencillez majestuosa, o los *biceps* del Discóbolo, por ejemplo, nos dan una idea más íntegra y universal del alma helénica, que las sabias reconstrucciones históricas de la ciencia alemana. El secreto consiste en que el arte, poema, estatuaria o pintura, nos cuenta las cosas, dice Menéndez y Pelayo, tales como han podido ser, o como han debido ser, agregaríamos con Guyau.

La historia es la ciencia de lo particular, la literatura de lo universal. La una narra y explica los hechos, la otra nos enseña a interpretarlos y a auzcultar sus sentimientos. Ello no es, como se ve, sino el viejo concepto aristotélico: la poesía más filosófica que la historia.

Nadie ignora que en nuestro país habíamos olvidado, quizás porque nuestra antigüedad es reciente, esta faz del pensamiento humano, fuente de profundas enseñanzas y de hondas emociones estéticas. Nuestros historiadores, por desamor o por falta de genio para darle vida, hasta llegaron a dudar

de su existencia. Rojas nos cuenta el concepto que de ella tenía Mitre, espíritu superior, y no hace sino ocho años los programas de enseñanza secundaria contenían esta pregunta: ¿existe o no una literatura nacional? Nuestros dómimes se inclinaban casi siempre por la negativa. La Universidad de Buenos Aires, con la creación de una cátedra de tal asignatura, en 1912, «Los Gauchescos» ahora y la promesa de tres volúmenes más, le han contestado eloquentemente.

Lo que precede no significa que muchos meritísimos argentinos y extranjeros no se hayan preocupado de ella y sigan preocupándose, como Gutiérrez, Menéndez y Pelayo, Mitre, entre los muertos, Leguizamón, de Vedia, Zeballos, Barrera, Puig, Giménez Pastor, etc., en la actualidad. Mucho han hecho, con mucho han contribuido en monografías, conferencias, etc., a ilustrar sus distintos períodos y aspectos y Rojas reconoce con toda probidad que algo les debe, pero está en lo justo cuando dice en el Prefacio de su libro, que «ni estaba agotada la investigación paleográfica ni estaban sistematizados los fenómenos de nuestra vida intelectual».

Rojas tiene el mérito de haber sistematizado esos fenómenos y aunque no definitivamente, como ya lo advierte el propio autor del libro que comentamos, porque es ley del progreso que la verdad de hoy sea insuficiente mañana, cuando no el error, sí el de haber presentado a los estudiosos una obra que, además de su inmensa labor de erudición, plantea el problema de nuestra historia literaria en sus verdaderos términos, y algunas de cuyas soluciones pueden ser definitivas.

No importa que el secreto que guardan los archivos americanos y españoles, revelen a futuros

investigadores hechos desconocidos por el joven profesor. Quizás le sea dado a él mismo corregirse, ampliarse en algunos capítulos, como lo demostraremos más adelante, y aun modificar, radicalmente, si se quiere, el concepto que le han merecido sociedades, hechos y hombres. No importa que el libro envejezca, pues tal ha sucedido con Ticknor, von Schak y Amador de los Ríos en España, con Tiraboschi en Italia, con los Benedictinos y Sismondi en Francia, con Taine y hasta con Filón en Inglaterra. Su obra será en nuestra historia de la literatura y de la crítica lo que el Premio del célebre Marqués en las lenguas romances. Y adviértase que no pretendemos ofender hasta al buen sentido, comparando las pocas líneas del cantor de serranas y vaqueiras con los doctos volúmenes del poeta argentino, sino que vemos lo que verá el futuro en ambos: un punto de partida, una mirada avizora y luminosa que se proyecta...

Además de su valor intrínseco, tiene la obra del Sr. Rojas otro mérito que consignamos para propia satisfacción: el mérito de habernos llegado en una hora de reacción contra este malsano positivismo, utilitarismo, psicologismo, llámesele de cualquier modo, que todo quiere demostrarlo con la fisiología comparada, cuando no con el álgebra...; que inficiona el arte, ahoga el ideal con sus hálitos apesadados y que busca el remoto origen de las inquietudes de Rodin o de D'Annunzio, de sus hondas emociones frente a la belleza, en la sensibilidad prodrómica de la amiba...!

La obra de Rojas renueva nuestra fe, conforta nuestro espíritu, nos alienta en nuestro anhelo de vivir sin fórmulas, libres, como el «gaucho» que rehabilitó su sabiduría y embelleció su ternura...

Su libro llega en esta hora de revisión de la filosofía y del arte en sus valores significativos, a embanderarse, como un campeón de las gestas latinas, del lado de los que creen que el amor, los sueños, la belleza, el alma del artista pugnando por vencer al mármol impenetrable, reduciendo las indóceles palabras y haciéndolas palpar de vida bajo la gran orquestación del ritmo, no es una reacción química, ni una íntima concordancia entre diástoles y sílabas, según quería Guyau, ni un mero juego de sensaciones y estados de conciencia, susceptible de «herborizarse», de clasificarse en sinopsis de laboratorios... Que es algo más hondo, más bello, in traducible al humano lenguaje; algo misterioso y sagrado, que la Grecia mitológica llamó en su lengua peregrina *uponoiá*, es decir, más allá de la razón, más allá de la razón pretenciosa, que no lo ha sometido jamás al imperio de su escolástica antigua ni de su sofisma moderno, quizás porque tiene, como las estrellas, tres mil años de altura.

Rojas ha llegado en buena hora con su obra y con su palabra, a iluminarnos en un criterio nuevo; a convencer a nuestros economistas en historia que sus sistemas serán impotentes para explicar el fenómeno argentino, si prescinden de la guitarra de Santos Vega y del facón de Martín Fierro; a nuestros poetas extraviados en gongorismos abstrusos y cabalísticos que la poesía, es claridad, concisión, sencillez, atributos de la flor y del pájaro; a nuestros intelectuales, que los únicos medios que conducen a la gloria son el estudio y la sinceridad.

Por todo ello el novecientismo saluda a Ricardo Rojas como a uno de sus maestros.

La Historia de la Literatura Argentina está dividida en cuatro volúmenes: Los Gauchescos, Los Co-

loniales, Los Proscriptos y Los Modernos. Sólo conocemos el primero y sabemos que está en prensa el segundo.

Alguien podría preguntarnos, cómo hacemos un trabajo de crítica sobre una obra no terminada aún y contestamos, desde ya, que un simple esbozo suele ser suficiente para descubrir el pensamiento creador de un artista, el concepto que tiene de su arte, el ideal a que aspira, su originalidad, la fuerza de su expresión, etc. Vale decir, los elementos que requiere la nueva estética y los únicos ponderables ante su juicio. En este sentido, un capítulo bastaría. Además no nos hemos propuesto hacer un trabajo de rectificación histórica o artística, porque a una obra como la de Rojas no se le pone apostillas en un estudio de revista y tampoco tenemos la ilustración que ello reclama. Si en el transcurso de estas líneas algo decimos, bien o mal, al respecto, no será para darles ese cariz a nuestras páginas, sino a título de simples reflexiones sobre lo que entendemos debe ser la unidad de una obra.

Hecha esta salvedad, concretémonos, pues, al asunto.

La simple contemplación del plan de la obra nos demuestra una buena condición suya: la de haber huído de las divisiones estrechas que en materia histórica suelen hacer los manuales, a veces por razones didácticas pero casi siempre por espíritu dogmático. La misma modernísima Historia de la Literatura Española, del señor Fitzmaurice-Kelly, no se libra de este defecto y algo análogo sucede con los más comunes textos de literatura francesa. El señor Rojas tuvo muy presente aquella verdad de que todo período contiene gérmenes del que le sucederá y resabios del que le precedió y es

claro que tiene a ratos que acudir a esas divisiones o encasillamientos, porque su libro lleva espíritu docente y porque no se puede prescindir siempre de ellos, cómodos hasta para la exposición. Lo que el autor se propuso fué huir del dogmatismo y lo consiguió.

Estudia el literato argentino en el primer volumen, no la simple poesía llamada vulgarmente gauchesca, sino todo el movimiento cultural que así puede calificarse. Arrancando desde el folklore indígena, trata de hallar la relación existente entre el remotísimo dolor o alegría cantado en lengua india y la psicología próxima de nuestros gauchos con su tradición perdurada mayor tiempo en la novela y en el teatro. Es por lo tanto un período que abarca casi tres siglos. En ellos pasa sin solución de continuidad todo un aspecto de la cultura argentina, desde el balbuceo de las guitarras coloniales hasta el robusto poema de Hernández y las novelas de Gutiérrez.

La erudición de Rojas, ese alto y constante espíritu investigador, que lo ha destacado con relieves personales entre todos los de su generación, al extremo de ser ya entre nosotros lo que fué el ilustre Menéndez y Pelayo en España o el sapientísimo Bopp en Alemania, allanó todos los obstáculos, venció todas las dificultades y cubrió todos los claros que le habrá ofrecido la infusa ciencia argentina.

En contra del maestro creemos, que no todos los capítulos de su libro han tenido el mismo estudio ni la misma contracción.

Admiramos su ilustración americanista, el conocimiento que de las lenguas indias tiene porque recordamos lo que decía del guaraní, el doctor M. F. Mantilla: no se aprende, hay que mamarlo, pe-

ro pensamos que no le dedicó al folklore indígena, en lo pertinente a la región del litoral, la atención que tuvo para otros asuntos.

Las poesías que el señor Rojas eligió como típicas de Corrientes, Misiones, etc., son, en su generalidad, las peores que pudo haber hallado, desde cualquier punto de vista que se las considere. Filológicamente valen poco como nos lo está diciendo su simple lectura; como forma métrica son poco variadas (escandidas a la manera castellana, resultan generalmente heptasílabos, agrupados en cuartetos) y como «tipo mental» tampoco valen porque son, juzgándolas por su gramática, muy modernas. Que no le quede duda al autor que son posteriores a la evangelización de los indios y aun a la guerra del Paraguay. No hacemos la historia de la primera estrofa (pág. 111) porque no tendríamos documentos con que comprobarla si fuera necesario, y porque no le interesa a él sino al señor Javier de Viana. A lo dicho puede agregarse que no está el autor exento de críticas a la manera de La Harpe. El texto guaraní tiene, en efecto, algunos yerros de sintaxis que no cometen los naturales y notamos varios errores en la versión castellana. Pero lo peor es que ha olvidado la parte más significativa, la de autenticidad folklórica indubitable y de inmenso valor estético.

Nada, leímos en su obra sobre el *Carau*, antiquísima leyenda trágica en verso, vertida en la actualidad a un castellano bárbaro por los propios naturales, que ya la desconocen en la lengua original. No es este el sitio de hablar sobre ella; sólo diremos que su valor histórico, exigía preeminente lugar en el capítulo IV de la obra que comentamos.

El señor Rojas ha guardado silencio sobre esas innumerables coplas que pueden designarse con el nombre genérico de *Ramadabî* (bajo la enramada) con música propia inconfundible y donde no sería difícil encontrar un ascendiente de los *tristes*. Son generalmente muy castizas y breves, a lo sumo de tres estrofas, que rematan a veces con un estrambote y de un lirismo exquisito. A título de ejemplo le citaremos estos dos versos, conocidísimos:

Upero re mandúane
Abá pa jué nde rajjú.

Verá el autor que todo, ritmo, sentimiento, sintaxis, les hacen merecer una línea.

Otro tanto sucede con ciertos versos importados del Paraguay y muy populares, principalmente en Misiones, donde se los canta con la música por los paraguayos llamada *Sajó*, que no es sino el popular valse «Sajonia». También los olvidó el señor Rojas.

El capítulo IV no tiene una línea para todas esas poesías picarescas y anónimas que los naturales entonan «al compás de la vigiela» cuando quieren «argelar» como ellos dicen, a algún vecino del otro lado del Paraná. Le citamos este gracioso diálogo, tipo de ellas:

Mamá pa rejó tetéu
—Ahá Paraná robai
Mbaé pa rerune chevé
—Petei sarta Paraguai.

Es un modelo de rima y de ritmo guaraníes.

Y por último olvidó también la poesía de la que no insertamos aquí sino sus tres primeros versos

porque es lo único que recuerda nuestra memoria:

Ro hénói, ro hénói, nicó reíma,
Ndo yopebeima che tapere quáragy
Ndipobeima tatá... etc.

Lirismo profundo, grito del corazón que viene de más allá de las tumbas, pobre alma que llama, llama... y es ya inútil. Bastárale ese terceto a cualquier poeta para tener derecho de figurar en las antologías. Por su sentimiento, por su elevación, por su forma impecable, es sin ninguna duda, lo más bello que produjo América en lengua india.

Lamentamos hallar estas lagunas, sin importancia dentro de la significación general del libro, porque la obra es de amor y de justicia y porque son cantos que olvidados de él, que como nadie los ama, condenados quedan a vagar errantes, hasta quién sabe cuándo, bajo la fronda húmeda de los naranjales, junto al viejo río grande que los vio nacer en una noche de luna...

A pesar de lo dicho el trabajo del señor Rojas es meritísimo. Revela un conocimiento exacto de la evolución fonético-histórica de las lenguas indias, de la influencia que éstas ejercieron sobre la morfología y sintaxis castellanas y esto es, en definitiva, lo único que la crítica tiene derecho de exigirle.

Algo hemos de decir del capítulo XX del libro, donde se analiza «La Cautiva» de Echeverría. Dentro del espíritu general de la obra es lógico que el autor se detenga más tiempo en José Hernández que en Esteban Echeverría. No olvidamos que se trata de «Los Gauchescos» y que bajo este aspecto el autor de «El Dogma» no resiste un paralelo con el de Martín Fierro, pero creemos humildemente,

que el trabajo sobre Echeverría es débil en proporción a los otros.

El autor nos ha advertido desde el principio que la importancia que concede a una vida, a un libro, etc., está de acuerdo con la magnitud que asumieron ante sus ojos, y así parecería ponerse a resguardo de cualquier objeción. Nosotros que le reconocemos este derecho no hacemos sino lamentarnos de ese «no sé qué» del trabajo que descuide en el conjunto de la obra, o de la importancia secundaria, si se quiere, que descubrió en el bardo romántico, el señor Rojas. Hasta la bella prosa a la cual nos acostumbró parece alicaída, comparada con la del resto del libro. Y todo esto lo decimos por tratarse de quien se trata y ser el autor quien es.

En el magistral estudio sobre Martín Fierro, que es lo más jugoso y erudito que se ha escrito, notamos que el autor se detiene más tiempo en aclarar el concepto épico del poema que en insistir sobre su valor estético. Y se detiene quizás porque más se ha discutido lo primero que lo segundo, sin que ello importe desconocer que todavía creen algunos que esas «payadas» no valen dos maravedíes. Por cierto que para quien no viva obcecado con definiciones aristotélicas y fórmulas renacentistas, el señor Rojas, nos ha dicho la última palabra. Hubiéramos deseado, empero, que insistiera sobre el valor significativo de Martín Fierro, máxime cuando lo rastreó desde tan lejos.

Poco importa lo que dijimos mal de la obra, porque en realidad no la afecta; en cambio nos queda la convicción de que si son justas nuestras observaciones, ha de tenerlas en cuenta el señor Rojas para la segunda edición, con lo cual salvaría, de existir, estas pequeñas imperfecciones del libro.

Trataremos ahora de sintetizar el método del señor Rojas, tal cual lo entendemos. Algo ya hemos dicho de su faz histórica y lo que aquí consignemos será un complemento de aquello. Cúmpenos advertir que según el autor este método no podrá ser abarcado en toda su integridad hasta tanto la obra no se halle terminada. Creemos, a pesar de ello que no es un secreto para quien conoce algunos trabajos de don Ricardo Rojas. Además algo nos ha adelantado el mismo autor en el Prefacio y en la Introducción del libro.

El Sr. Rojas no se ha desprendido de todo determinismo, y ha hecho bien, puesto que la literatura, como cualquier otro fenómeno colectivo, es susceptible de explicación sistemática en sus rasgos generales. Hay factores influyentes en los pueblos de manera tan universal, que desconocerlos valdría tanto como negar de hecho sus consecuencias; el *common sense* anglo sajón o el sentido musical del gaucho, por ejemplo.

Repudiar el método de Taine, en toda su extensión, porque es determinista, sería caer en un error, y lo citamos a Taine porque de él nos habla el señor Rojas, en algunos pasajes del libro, y porque lo sigue en sus líneas generales. Apresurámonos a advertir que el señor Rojas rechaza todo lo que tiene de dogmático y estrecho el autor de la *Philosophie de l'Art*.

La influencia innegable que nuestro autor concede a la raza, al territorio, al idioma y a la tradición no es en el fondo sino el reconocimiento de las fuerzas tenianas: raza, medio y momento, sin que ello implique que pretenda atenerse en sus juicios a la famosa escala de valores estéticos, concepción mecánico-naturalista con la cual creyó clasifi-

car a los pintores de Grecia, Italia y Flandes, el filósofo francés.

Estamos acostumbrados a rechazar de plano el método de Taine porque oímos decir que es ineficaz, y conviene dedicarle aquí unas líneas no tanto para aclarar lo que todos saben cuanto para definir nuestra situación frente a este coloso de la estética positivista.

En nuestro sentir el método tainiano es bueno mientras no aspire sino a explicar las vistas de conjunto de un período literario: «sus caracteres dominantes», diríamos, para hablar con el lenguaje de Taine. Aplicado al siglo XVI en España, al de Boileau en Francia o a nuestra época colonial, por ejemplo, como lo hace Ricardo Rojas, su determinismo suele andar siempre muy acertado, pero cuando pretende particularizarse con Shakespeare, con Cervantes o con nuestro Echeverría, su lujosa mecánica peca de estrechez. Es que el genio escapa a toda fórmula psicológica, rebasa todo molde estético y, rebelde por definición, no se ajusta ni a la escala de Brunetiére ni a la ortofrenia de Magnan.

El determinismo tainiano, del que aceptamos lo que tiene de amplio, porque pertenece al patrimonio de las verdades incommovibles, había olvidado que «la literatura es una creación espontánea del espíritu, que no tiene nada de común con la observación de los fenómenos naturales», como decía Claudio Bernard, juez insospechable, refiriéndose al credo naturalista de Zola.

El Sr. Rojas aplica el método de Taine pero con espíritu amplio, como dijimos. Huye de los rasgos dominantes, de la importancia de los caracteres, de los índices representativos y demás expresiones biológicas que hoy desacreditan al autor de los En-

sayos. El no pretende haer «l'histoire naturelle des esprits», según definía su famoso sistema Sainte-Beuve, ni se limita a construir una crónica histórico-literaria, con discretas exégesis, a la manera de Villemain, ni se preocupa tampoco de hilvanar deslices gramaticales o retóricos para festonear con ripios el recuerdo de los modestos cantores «que hicieron trobas». El señor Rojas concreta en estas palabras su alto criterio: «una literatura nacional es fruto de inteligencias individuales pero éstas son actividades de la conciencia colectiva de un pueblo, cuyos órganos históricos son el territorio, la raza, el idioma, la tradición. La tónica resultante de estos cuatro elementos se traduce en un modo de comprender, de sentir y de practicar la vida, o sea en el alma de la nación cuyo documento es su literatura».

Determinada esa tónica, el señor Rojas estudia la obra en sí, busca su significación filosófica y estética y a veces hasta su significación retórica. Bucea un alma detrás de la estrofa que comenta y replegada en sus intimidades la idea que dictó el canto, el amor o el odio que le dieron tono. Es tainiano pues, cuando trata de determinar los factores que han producido la idiosincrasia de un pueblo y es lo que quería Flaubert que fuese el crítico, artista, muy artista, cuando juzga una obra como manifestación de un espíritu. Pero su crítica va más allá. Ensambla ese conjunto de manifestaciones y sin fórmulas preconcebidas, con amplitud de espíritu, trata de hallar ese algo misterioso y común a todos los corazones nacidos bajo un mismo cielo, y que traducido al lenguaje filosófico se llama ley general de la evolución.

De todo esto se deduce que haya en su sistema,

lo que se propuso establecer don Ricardo Rojas: «un principio retrospectivo cuyo espíritu es de la historia y un principio prospectivo cuyo espíritu es de la filosofía».

La paternidad de este método que el autor reclama para sí, se la hemos reconocido desde la primera línea de nuestro trabajo, en el sentido de que él fué el primero en aplicarlo en la interpretación del fenómeno de nuestra cultura, pero creemos, modestamente, que ese método, con algunas diferencias, es el mismo que el señor Brunetière aplicó en la literatura francesa. Es sabido que el ilustre biógrafo de Balzac, interpretado no por nosotros sino por la alta sabiduría del señor Lanson, ha llevado con lamentable espíritu positivista, desde luego, la idea de la evolución a la literatura, como nos lo dice el propio título de muchos libros suyos. Es claro que el señor Rojas no se ha jactado como el académico francés de ser objetivista ni impersonalista, y en esto consiste la diferencia, favorable para nuestro autor, pero la intuición de una ley general del fenómeno literario de un pueblo hay que buscarla por tierra de Francia.

No es otro, quizás, el método usado por el señor Menéndez y Pelayo que en concepto del señor Rojas «adolece de todo sistema, lo que desconjunta sus estudios monográficos.»

Permítanos el señor Rojas, que a pesar del respeto que nos merece su juicio, nuestra opinión sobre este asunto sea absoluta.

Menéndez y Pelayo ha dejado trunca casi toda su obra — hecho que lamenta la ciencia universal — porque su ilustre vida fué breve para consumir las vastas proporciones que quiso darle, tanto que su Historia de las Ideas Estéticas en España llegó

al tomo noveno sin salir de la Introducción y tratándolo apenas al P. Feijóo, a Luzán y muy someramente a los españoles del siglo XIX, pero en los Líricos Castellanos y en los Orígenes de la Novela hay historia y hay filosofía. Y no puede decirse tampoco que esos trabajos sean monográficos, máguier su título limitado, pues le salva del calificativo hasta la intención del autor: hallar la ley del movimiento de la lírica y de la novela en España. Y es sabido que lo primero consiguió con sus eruditos y extensos prólogos, hasta agotar el tema, en el período que va desde la Razón feita d'Amor a Boscán.

Si el señor Rojas se hubiera referido a Horacio en España, a los Estudios Críticos, a la Antología de poetas hispanoamericanos, o a los innumerables prólogos que dejó escritos el humanista español, estas últimas líneas no tendrían razón de ser. Pero en la totalidad de la obra de Menéndez y Pelayo debe ver el señor Rojas un antecesor, en quien no culmina por cierto el método de la Literatura Argentina, pero que lo contiene, cuando menos, en germen.

Esta no es razón que rebajará un solo quilate los méritos del señor Rojas. El es creador de un método en la ciencia argentina y americana. El lo trajo para la explicación de nuestras cosas, le dió unidad, forma, doctrina, lo usó, por último, con mayor suerte que sus propios antecesores, porque tuvo sus virtudes y no sus defectos. En este sentido don Ricardo Rojas es creador de su sistema.

Algo también falta en el libro del señor Rojas, y esto se le pide para bien de sus lectores y no para perfección de la obra: un estudio preceptivo de nuestros poetas, que tenemos la seguridad de que

el autor va a hacerlo, siquiera a título de erudición, en los volúmenes siguientes. Es un complemento que a su sabiduría le costará apenas el trabajo de escribirlo y con el cual el señor Rojas nos prestará un señalado favor. Suelen ser estudios interesantes y que en realidad complementan una historia literaria. El, que es profesor, vaya dándose cuenta desde ya de que su libro será para nosotros lo que decía un crítico de la edición Rivadeneira: «el arsenal de la literatura española». Y si este pedido desentona, perdónesele a los novecentistas, de quines ya algunos dijeron..., los nuevos retóricos.

Del estilo claro, brillante, castizo del autor de la literatura argentina, de su don expresivo, ya proverbial entre nosotros, puede decirse en síntesis que con sus libros se gana el viejo pleito entre la poesía y las artes plásticas... Por su cláusula rítmica y musical pasa la vida con todos sus matices: ternura de gacela y majestad de imprecaión antigua. Ella tiene la melancolía de los trenos de la lengua santa, la gravedad de los cisnes que pasan «heraldizando el lago» y la honda emoción de las plegarias... Es vivaz, juguetona, paisajista, sugestiva siempre.

Su obra de rehabilitación histórica, en cuyos capítulos, como en el vaso de la Escritura se han salvado la tradición y el recuerdo de la grey anónima... es un pedazo de la patria. Su obra que honrará a cualquier otra tierra si Dios no hubiera hecho nacer a su autor, en el país de la selva, para gloria nuestra, es argentinidad por el asunto, argentinidad por sus proyecciones de grandeza, argentinidad por el gran esfuerzo que revela, por la

gran sinceridad que tiene, por el espíritu generoso que pasa entre sus líneas, visionario de amor y de justicia...

Y con menos modestia que la que tiene, don Ricardo Rojas podría escribir en la última página de su libro, haciendo honor a la Verdad y a la Belleza, los versos del genio lírico de Roma:

Exegi monumentum aere perennius
Regalique situ Pyramidum altius.

B. Ventura Pessolano.

LACHELIER

El representante más conspicuo de la orientación kantiana en Francia es Julio Lachelier, por cierto la mente especulativa más profunda de la filosofía francesa contemporánea. Discípulo de Ravaisson a él le debe la idea de unir la psicología y la metafísica con intención distinta sin embargo. Ya en su tesis, con intención distinta sin embargo. Ya en su tesis en el año 1871, el doble orden de las causas eficientes y finales, que en Ravaisson es una reminiscencia de Leibnitz, se encara en el sentido de las dos críticas, la de la razón pura y la del juicio. Las causas eficientes se deducen de la ley formal del pensamiento puro, considerado como unidad determinatriz de la multiplicidad espacial y temporal de los fenómenos; — las causas finales se derivan del principio del juicio reflectivo, de la totalidad que engendra sus componentes. Sobre la base de las causas finales se logra una conexión más intrínseca de lo real que mediante las eficientes: esto es la unidad orgánica de una variedad, en la cual cada uno de sus elementos expresa y contiene a su modo todos los otros. Sobre el principio de las causas finales, sobre la existencia de un orden racional de cosas, Lachelier funda la inducción.

Fundaría sobre la normalidad empírica de los fenómenos sería fundarla sobre sí misma.

Pero subsiste una incertidumbre latente en esta tesis de la inducción, la simple coexistencia de dos principios, mecanismo y teleología, constituye una dificultad que ya el ejemplo de Kant había demostrado sea insalvable y luego la necesidad de resolver el mecanismo en la actividad teleológica del espíritu determina un cambio en la posición de Lachelier que culmina en el ensayo «Psicología y metafísica».

En esta obra, aunque en esquema, la psicología se convierte en una fenomenología del espíritu y la metafísica, también en esquema, en algo análogo a la Lógica de Hegel. El análisis psicológico dice Lachelier, descubre los datos simples de la conciencia, que son la sensación, la afección y la voluntad. Pero existe aun algo más, que si bien no agrega nada al contenido de la sensación o de la percepción le imprime a la conciencia sensible el carácter de objetividad. Si el mundo sensible aparece al hombre como una realidad independiente de su percepción, no es porque sea una cosa en sí, exterior a toda conciencia, sino tan sólo porque es objeto de una conciencia intelectual, que, pensándolo, lo libera de la subjetividad de la conciencia sensible. Si el hombre cree que sus estados de conciencia son algo en sí mismos y no tan sólo en el presente, sino también en el pasado y en el futuro, no es porque estos estados arraiguen en una entidad

química, cuya existencia si la tuviera se hallaría limitada al presente; es precisamente porque son objeto de un pensar, que elevándose sobre todos los tiempos, los ve conjuntamente en cuanto son, en cuanto han sido y en cuanto deberán ser. Si el pensamiento es una ilusión, sería necesario suprimir toda la ciencia.

El resultado del análisis obliga pues a concebir este pensar como fundamento de la certeza de la realidad. ¿Pero cómo es que existe en nosotros el pensamiento, la idea sobre la cual se modela lo sensible? Es acaso como las ideas innatas del espiritualismo vulgar, un «hecho racional», un dato inexplicable de la conciencia intelectual? Si así fuera, la idea no sería sino un algo sui generis, quizás sería el primer objeto del pensar, pero no sería el sujeto y tendría que fundamentar su verdad en una idea anterior, antes de erigirse en criterio de la verdad de las cosas. Luego la idea que sirve de fundamento a todo juicio sobre lo dado no puede ser para ella misma. ¿Qué queda, dice Lachelier, sino admitir que se desarrolla ella misma en nosotros, que ella sea y que nosotros seamos una dialéctica viviente? No nos arredre suspender en cierto modo el pensamiento en el vacío; en efecto no puede descansar sino sobre sí mismo y cargar con el resto: el último punto de apoyo de toda verdad y de toda existencia es la espontaneidad absoluta del espíritu.

El análisis considerábase hasta ahora como un hecho: considerarlo como un hacerse, importa pasar del análisis a la síntesis, de la psicología a la metafísica. El pensamiento era un hecho que Lachelier descompone en sus elementos: el último de éstos, el pensar puro, es una idea que se produce por sí y que no podemos conocer sino desarrollándola en nosotros en un proceso constructivo a priori o de síntesis.

Esta es la gran idea de la filosofía post-kantiana que Lachelier ha tenido el mérito de comprender. De ella por un proceso sintético deduce la conciencia pura, la voluntad pura y la auto-conciencia. Esta última forma es la verdad de las dos otras y es también la última. El progreso del pensar se interrumpe cuando después de haberse buscado en la necesidad de la conciencia simple como en su propia sombra, luego en la voluntad como en el propio cuerpo, se encuentra por fin a sí mismo en la conciencia de sí, que es libertad absoluta.

Pero esta interrupción ¿no es condición del verdadero proceso? La respuesta afirmativa se halla implícita en la tesis: solamente se detiene el buscar simple, no aquel buscar que es un «eterno encontrar».

Esto no lo dice Lachelier pero lo insinúa. Hegelianamente para él no existe una sucesión temporal de las tres potencias del sér. El sér — como él lo entiende — no es primero una necesidad ciega, luego una voluntad sujeta en principio a aquella ne-

cesidad y por fin una libertad sin otra misión que comprobar la existencia de una y otra. El ser íntegro es libertad en cuanto se desarrolla de sí mismo, es voluntad en cuanto se desarrolla como un hecho concreto y real, es necesidad en cuanto este desarrollo es inteligente y se da cuenta de sí mismo. De semejante modo cada uno de nosotros no es primero un mecanismo de estados interiores, luego un carácter que no sería más que la expresión de este mecanismo y después una reflexión o un yo testigo inútil e irresponsable de nuestra vida interior. Por el contrario el acto con el cual afirmamos nuestro propio ser le constituye todo entero, pues es ese mismo acto que se realiza y fija en nuestro carácter, se manifiesta y desarrolla en nuestra historia. No debemos decir pues que nos afirmamos como somos, sino que somos como nos afirmamos. Sobre todo no digamos que nuestro presente depende de nuestro pasado, que ya no está en nuestro poder: en realidad creamos todos los instantes de nuestra vida en un solo e idéntico acto, a la vez presente en cada uno y superior a todos.

Esta es la filosofía de Lachelier, esbozada como él mismo lo dice con pocos rasgos en un artículo de revista. Semejante densidad de pensamiento no ha sido alcanzada en Francia desde las Meditaciones de Cartesio.

FILOSOFÍA CONTEMPORÁNEA (*Traducción*)

La filosofía del hombre que trabaja y que juega, de Eugenio D'Ors.

Estudio de Manuel G. Morente (1)

(CONTINUACIÓN)

Una aplicación ejemplar de esta teoría le proporciona una ampliación y una confirmación importantes. Las enfermedades mentales se manifiestan en formas diversas — delirio de persecución, de grandezas, pasanoia, etc. Es un hecho comprobado que cualquiera de esas formas puede convertirse dentro de uno y el mismo enfermo, en otra cualquiera. ¿Cómo explicar este hecho? Admitiendo que esas supuestas enfermedades mentales no son sino síntomas de algún disturbio vital y profundo. El sujeto trata de combatir ese disturbio y lo consigue, inmunizándose mediante la elaboración de un sistema de conceptos — persecución, grandeza — el cual puede variar, siempre que cumpla su fin único, que es el de mantener, mediante la inmunidad adquirida, el equilibrio eminentemente inestable de la vida.

(1) De la «Antología Filosófica» de Eugenio D'Ors, colecciónada por R. Rucabardo y J. Farrán.—Edit. Antonio López, Barcelona.

Esta teoría parece un tipo acabado de biólogo filósofo. Pudiera pensarse que cae, como las demás teorías biológicas, bajo la importante acusación de deshacer el concepto de la ciencia, privándola de su validez objetiva, en beneficio de su utilidad para el sujeto. Pero advertimos en ella dos rasgos que la libran de ese peligro. En primer lugar la actividad del sujeto, aquí, asimila excitaciones exteriores, haciendo de ellas conceptos, es decir, que pudiera coexistir fácilmente el momento de utilidad biológica y el de verdad lógica. En segundo lugar, hay un sobrante de inmunidad, de energía del individuo, que hace que sus creaciones conceptuales sobrepujen las estrictas necesidades vitales. Volvemos a encontrar, sistemáticamente reducidas, las tendencias ya indicadas anteriormente, de hacer derivar la ciencia del trabajo y del juego, de lo necesario y de lo superfluo. El pensamiento es ambas cosas: trabajo, acción, lucha desesperada contra las resistencias que opone el mundo exterior, y también juego, contemplación deleitosa en la totalidad, ascenso del pensamiento sobre el particular problema, para gozarse voluptuosamente en lo general y en lo puramente lógico.

Esas dos raíces del conocimiento pueden también encontrar su correspondencia en las inevitables distinciones de la materia científica. Por un lado hay en la ciencia causas, por otro lado hay leyes. No quiere decir esta distinción que debamos consi-

derar esas dos partes como irremediabilmente divorciadas. Son dos estadios consecutivos de la elaboración científica. Lo que urge primero a la vida es encontrar las causas. La indagación de las causas la hace la curiosidad, que busca incansablemente las relaciones particulares. Mas la razón se alza sobre esa primera investigación de las causas, para seguir imperturbable su juego lógico y establecer leyes, es decir, generalidades que superan infinitamente el campo de la inmediata necesidad vital. Hay siglos curiosos, como el Renacimiento, y siglos nacionalistas, como el siglo XVIII.

¿Cómo podríamos ahora formular este ensayo de conciliación entre el pragmatismo biológico y la filosofía intelectualista de la identidad? Ya dijimos que la teoría pragmatista del conocimiento aniquila el valor objetivo de la ciencia, puesto que la hace nacer de condiciones prácticas, de la vida, de la acción. Para ella la ciencia no es la realidad, sino una interpretación útil de la realidad. La solución que a este problema nos da E. d'Ors es esta: la ciencia, lo ideal, no es toda la realidad, pero sí es una parte, la *mejor* parte de la realidad, la que hay que cultivar y extender. «Esta actitud, dice, viene a continuar el intelectualismo». Pero es superándolo en una doctrina armónica en donde los estridores se suavizan en un conjunto plenamente espiritual. «El factor racional debe dominar al otro. Pero no puede excluirlo.» «Pensar así puede ser el secreto de

una filosofía según la armonía, sustituible a la filosofía según la identidad, absolutamente dominante desde Descartes y Espinosa».

Ya estas últimas palabras nos ponen en camino de la segunda parte que encontramos en los escritos de Eugenio d'Ors: el bosquejo de una amplia construcción de filosofía harmónica, integral, por decirlo así. Tratemos de dibujar su contorno.

A la base de todo hallamos el dualismo fundamental de libertad y fatalidad. La más próxima y corriente reflexión sobre nosotros mismos y lo que nos rodea, nos hace ver la lucha irreductible de dos luchas opuestas, una potencia que ataca, una resistencia que aguanta. El leñador con su hacha es una potencia. El árbol con sus raíces es una resistencia. Mas una vez conscientes de este fundamental dualismo, se trata de analizar y distinguir la que pertenece a la potencia, lo que pertenece a la resistencia. La naturaleza, toda la naturaleza pertenece evidentemente a la resistencia. Para servirme de ella he de vencerla primero. Y al decir la Naturaleza *toda*, entiéndase bien que en ese concepto ha de incluirse precisamente todo aquello que, por su carácter de oposición, de fatalidad y de constancia, pueda ser defecto de reflexión y conocimiento, todo lo que caiga bajo leyes causales. Así, por ejemplo, mi cuerpo es resistencia, es naturaleza. Mi cuerpo no es mi yo. Mi cuerpo vive según leyes biológicas que me obligan a mí mismo, contra las cua-

les quisiera rebelarme y no puedo. Pero hay más aún, mi memoria, mi imaginación, mi inteligencia es algo fatal que no depende de mí mismo, sino de la herencia, de las condiciones de mi cerebro, etc. . . . Mi voluntad es ajena a mí mismo. Quisiera, dice uno, ser un hombre de voluntad, ¿mas cómo tenerla? Mis sentimientos son ajenos a mí mismo. No mando en ellos, sino que ellos mandan en mí. Y después de este despojo que ha devuelto a la naturaleza, a las leyes causales, a la fatalidad, a la resistencia, todo aquello que parecía ser lo más íntimo y personal, ¿qué queda para la potencia? Queda la libertad, es decir, el irreductible yo, que por definición misma es potencia pura, puesto que no puede caer bajo determinaciones causales, legales, defectivas. «Así la libertad es en la vida espiritual, el sustantivo primitivo del cual los hechos sentimentales, los intelectuales, los voluntarios son atributos simbólicos». «No tiene sentido decir que la voluntad es libre, que el pensamiento es libre, que la emoción es libre. La expresión legítima sería decir respectivamente: la libertad quiere, la libertad piensa, la libertad se conmueve».

¿Qué consecuencias podemos ahora sacar de este dualismo básico, fundamental de libertad y fatalidad?

Ese dualismo no es estático, sino dinámico. La libertad es potencia y la fatalidad resistencia, por lo tanto la libertad conquista la fatalidad, penetra

paulatinamente en ella, la adereza por decirlo así y la humaniza. Tal es la obra del hombre, que libera la naturaleza, es decir, la pone al servicio de su libertad sometiénola a leyes que se plegan sutilmente a su albedrío. El hombre inventa el hacha para vencer mejor la resistencia que opone el árbol a ser abatido. La naturaleza se impregna así de humanidad, de libertad y la esfera de la potencia va ensanchándose a medida que van descubriéndose nuevas resistencias que el hombre tiene que vencer. Esta amplificación de la libertad tiene dos aspectos, dos mundos: *espíritu*, es decir, las conquistas inmediatas sobre lo externo, facultades intelectuales afiladas y sutilizadas, instrumentos, máquinas, etc... y *cultura*, o sea la colaboración que se prestan los hombres, no tanto de una misma generación como de pasadas edades, la herencia que recibimos al nacer de los esfuerzos hechos por los abuelos. La cultura va inscribiéndose en la historia. El espíritu va extendiéndose por el mundo exterior. La potencia crece y aumenta su propio poder a cada nueva victoria. El hombre elevase a la máxima humanidad, cuanto más se empapa de espíritu y de cultura. No puede desdeñar ni una ni otra, sin negarse en cierto modo a sí mismo, asceta solitario si prescinde del espíritu, romántico sin ley ni freno si prescinde de la cultura.

Esta penetración de la libertad en la fatalidad es, pues, una fórmula comprensiva que abarca en-

teramente la total actividad del hombre: trabajo y juego. El hombre trabaja, es decir, vence resistencias que amenazan su vida, y pone en la naturaleza las condiciones para prevalecer sobre ella. El hombre juega, es decir, se complace íntimamente en su propia potencia, asiste interesado al espectáculo de su lucha y hasta inventa resistencias nuevas, con el exclusivo objeto de darse el gusto de vencerlas. El hombre completo trabaja y juega porque en todo trabajo ve el juego y lo comprende, como asimismo en todo juego siente el trabajo y lo ama. No es mero contemplador, ni tampoco simple actor. Es contemplador de su acción. Acción y contemplación son dos aspectos de una y la misma realidad íntima, el sentido del hombre, su inteligencia, el *Seny*, tan sutilmente henchido por Eugenio d'Ors, de un significado profundamente histórico.

Podría quizá pensarse que este dualismo de libertad y fatalidad resucita en otros términos el dualismo clásico de espíritu y materia, de alma y cuerpo, y acaso no esté del todo desprovisto de exactitud esa reflexión. Pero hay una consideración que, al menos, atenúa su importancia, y es que aquí esos conceptos se hallan animados de un dinamismo que los hace aptos para plegarse a libres interpretaciones. Naturaleza y libertad no son como dos mundos quietamente, reposadamente distintos y por eso mismo tan absolutamente separados que no haya comunicación entre ellos. Naturaleza y li-

bertad son mundos enemigos, que es una manera de unidad y de mutua relación. Uno es potencia, otro es resistencia; de aquí que sólo en la lucha de uno con el otro, sólo en la vida se realicen ambos plenamente. «La naturaleza es un mal para el espíritu, pero conviene que haya naturaleza». ¡Como que sin la naturaleza no puede el espíritu ser espíritu! Ella es la que obliga, con su resistencia; ella es la que abre, al término de todo conocimiento, después del suspiro de satisfacción de todo éxito, un nuevo punto irónico de interrogación, una súbita inquietud que nos lanza en nuevos problemas e impulsa al pensamiento más allá, más lejos y más hondo.

(Continuará.)

NOTAS Y COMENTARIOS

CARTA NOVECENTISTA (1)—

Buenos Aires, Diciembre 31 de 1917.

Señor Dr. Antonio Dellepiane.

Señor:

Todos los estudiantes de Buenos Aires se ríen de usted. El desprestigio más profundo se vincula al concepto de la personalidad intelectual y de la enseñanza de usted y si alguno — alumno o colega suyo — afirma lo contrario, sepa señor, que no le habla de buena fe.

Cumplo, pues, con el penoso deber novecentista, de insinuar a usted la urgente necesidad y alta conveniencia cultural de renunciar cuanto antes a las cátedras que inmerecidamente ocupa usted en las Facultades de Filosofía y Letras y de Derecho y Ciencias Sociales, para que sea posible entregar la enseñanza de esas materias a una cabeza más apta y de preparación menos superficial.

Al rogar a usted quiera tomar buena nota de lo que antecede, me es particularmente grato manifestarle mi sincero respeto y mi más alta consideración por todo lo que no se refiere a la personalidad intelectual de usted.

Adolfo Korn Villafañe.

(1) En el próximo cuaderno se publicará otra carta dirigida a otro profesor universitario.

UN DISCURSO DEL Dr. CARLOS IBARGUREN

Complacidos transcribimos a continuación, fragmentos de un discurso pronunciado por el doctor Carlos Ibarguren en la fiesta de «Nosotros», celebrada el 6 de septiembre último:

«Nos toca en suerte asistir al derrumbamiento de una civilización y al final de una edad histórica; sufrimos en este instante sombrío una inquieta confusión espiritual semejante a la que debieron sentir los romanos del siglo II al presenciar el fin del paganismo. El griego Luciano, escéptico exquisito y sutil que, como Anatole France en nuestra época, pintara riendo los vicios de la sociedad decadente en que vivía, nos describe una asamblea de los dioses, reunida para defenderse de las falsas deidades que habían invadido y desnaturalizado el Olimpo; ese congreso ordenó la revisión del registro de los inmortales, excluyendo a los que no presentaran pruebas fehacientes de divinidad, y prohibió que los filósofos inventaran nombres vacíos de sentido y raciocinaran acerca de lo que no entendían. El decreto fué aprobado con esta exclamación: ¡El que no demuestre su origen divino será degradado aún cuando posea un vasto templo sobre la tierra y pase por un dios en el espíritu de los hombres! Nosotros, como los dioses de Luciano, hacemos ahora el inventario de todos los conceptos que nos parecieron verdaderos y encontramos, dolorosamente sorprendidos, que se disipan muchos mirajes que creímos realidad.

«La mentalidad de nuestra generación se ha desmenuado y nutrido bajo el influjo de la filosofía y de la literatura materialista que, como una marea innovadora, anegó el alma de la Europa. El idealismo y el espiritualismo fueron ahogados por un nuevo dios: el laboratorio, que revelaba a los hombres la verdad inclemente de la ciencia positiva. El moderno espíritu científico, que nos hizo ver todo a través

del prisma desconsolador de la materia, nos enseñó que el determinismo es la ley del universo y nos mostró a la fatalidad como cauce de nuestra efímera vida. El escepticismo y el pesimismo abriéronse, entonces, atormentado el alma egoísta, sensual y refinada, que caracterizó a la época que termina. El siglo de la ciencia omnipotente, el siglo de la burguesía desarrollada bajo la bandera de la democracia, el siglo de los financieros y de los biólogos, se hundió en medio de la catástrofe más grande que haya azotado jamás a la humanidad. Y al escuchar, en este crepúsculo sangriento, el eco de la colosal destrucción, recuerdo las palabras escritas en Francia la víspera de la tragedia, por uno de los caracterizados representantes de la juventud, de esa que en este momento se inmola con abnegación sublime: «La fatalidad nos gobierna; la misión del filósofo consiste en buscar las leyes de esta fatalidad y la del artista en describir su reinado; los tiempos son abrumadores y políticos; los pensamientos, como los tordos pesados y gruesos al fin de la vendimia, vuelan a ras del suelo; se come, se bebe, se hacen negocios y experiencias de laboratorio; nadie piensa que el cielo está arriba, como siempre, como ayer, como mañana, mirando a la tierra...»

» A fines del siglo XIX, William James proclamaba a los estudiantes que el heroísmo y el ideal confieren el más grande valor a la vida, y que en aquel momento en que una vulgaridad irremediable envolvía al mundo, la mediocridad burguesa y los congresos de profesores reemplazaban a la emoción romántica y a todo lo que, en el pasado, hubo de bello y de profundo. El filósofo norteamericano, imbuído de estos pensamientos, vió un día a un obrero que trabajaba afanosamente, suspendido de la cornisa de un rascacielos, exponiendo su vida por minutos, y ante ese cuadro cotidiano, simple y común descubrió súbitamente, todo el heroísmo anónimo que latía, sin ideal, a su alrededor.

«Y bien, hoy, esas multitudes de millones de hombres humildes que guardaban, ignorado, el heroísmo latente y ciego del proletario del rascacielo, irradian magníficamente, en las líneas de fuego, esa virtud, que arde encendida por el ideal de su patria y de su causa.

«Esta formidable exaltación espiritual, que sacude a todos los pueblos beligerantes, y que ha de crear nuevas maneras de ver y de sentir, producirá una renovación profunda en la filosofía, en el arte y en la literatura. ¡Que la nueva ráfaga forjadora, que agitará al mundo después de la epopeya, despliegue el alma de los argentinos y la haga volar armoniosamente! Bebamos, señores, por ello.»

ATENEO DE ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS. —

En nuestro ambiente mediocre y desteñido, se alza esta institución universitaria como un fresco rincón, donde convergen todos los anhelos desinteresados que la nueva edad despierta: en el arte y en la ciencia. Allí se reúne una juventud férvida y rumurosa, que ha sabido ceñirse a las disciplinas severas del estudio, cuyos cursos intensivos desmienten la garrulería que es fama, distingue, negativamente, al «estudiante» argentino. Allí se avizoran vastos horizontes y se acuerda — si querés con intuición bergsoniana — el pensamiento local con las grandes corrientes universales, que hoy, felizmente, bajo un auspicio lunar, conmueven a los hombres y a las instituciones. Allí se lanzan acerados dardos contra la cátedra vetusta, asombrada por el profesor que ofrece en ella, el proceso de su gradual insensibilidad vital e intelectual, hasta convertirse muy generalmente — también en ella — en un ejemplar interesante de museo zoológico; o contra el joven áureo e intonso que pasea como su rival del verso delicioso :

A défat de pensée, il sifflait en marchant.

Y siempre — debéis de creerlo — el dardo manejado con certera y nunca equivocada puntería, produce un saludable efecto, de «profilaxis social», diría un higienista.

Vaya nuestro saludo, no por cordial menos consciente, para el «Ateneo Universitario» y su revista «Ideas», la que supo recoger, en la ciudad bursátil, unas miserables vagabundas y convertirías luego, como en los cuentos orientales, en las flagrantés hadas que inspiran y protegen:

...il lungo studio e il grande amore.

J. M. E.

LAS NOCHES DE ORO DE RAFAEL ALBERTO ARRIE

Trascribo de este libro tres estrofas, que son tres rosas en flor. Sean ellas obsequio delicioso y fragante para los lectores y para el poeta un saludo de oro que le envío a título de vecino espiritual.

LA VISION OPTIMISTA

Mi vecino, al pasar esta mañana,
me dió los buenos días y dejó en mi ventana
tres rosas de su huerto, fragantes, deliciosas,
húmedas de rocío. Desde un cristal, las rosas,
cual tres imaginarias, ideales
cabezas fraternales,
sobre mi mesa asisten a mi trabajo. Siento
el solidario apoyo de su aliento
común en que la idea se perfuma
de bondad y al surgir besa la pluma.

¡Oh, clara, fresca y suave compañía
que me hizo bueno en todos los actos de este día!
pues fué mi corazón como una fuente,
pródigo, musical y transparente;

floyó de mis palabras recóndita dulzura;
ni la violencia ni la crispatura
mancharon el espíritu o la mano
blenos del oro del cariño humano,
y ¡oh noche! en esta hora bella y santa
del ensueño, mi amor se aviva y canta.

Vecino: si los hombres supieran obsequiarse
con rosas de su huerto al saludarse,
si al pasar como usted esta mañana
nos dejáramos todos la flor en la ventana!
¡Cordialidad sencilla, propósito clemente,
comunidad viril en la belleza!
¡Armonía del músculo, la frente
y la delicadeza!

K. F.

Discurso pronunciado en La Plata por el señor Walter Elena con motivo de un homenaje a Rodó.

Los diarios de Buenos Aires traen hoy, una noticia auspiciosa. Anuncian que un grupo de hombres estudiosos y jóvenes acaba de fundar un Colegio Novecentista. Aspiran esta institución, entre otras cosas de fundamento, a ensanchar los horizontes mentales de la actualidad argentina, efectuando una predicación idealista, sistemática, por medio de la tribuna, del libro y del periódico.

Frente a tal anhelo el corazón, señores, como un barco en el mar, hincha su velaje. En medio de nuestros días mediocres ¿cómo no va a llenarnos de regocijo este gesto de nuestros hermanos de Buenos Aires que se aprestan sin ambages, a la noble lucha?

Venimos viviendo una vida universitaria sin trascendencias, sin exaltaciones, sin apasionamientos. Se persigue tor-

pemente la liberación personal por la conquista, fruta sin carne, del diploma. Lejos, con excepciones muy raras y honrosas, por cierto, el hermoso esfuerzo de atar nuestro carro a una estrella, que dijera Emerson. La actitud de Jason ya no emociona. Los hombres del Colegio Novecentista, del nuevo siglo, harán sonar, pues, en las campanas de oro de sus entusiasmos la voz del Ideal que legitima la estirpe.

Y traigo lo antecedente, al abrir este acto, porque aspiro a que el movimiento que se inicia en la metrópoli sirva de emulación para nosotros. Por otra parte, el Centro que presido ha recogido, entre los vientos que pasan, el rumor de ése que es el bienhechor. Solo así, podremos formar la generación que levante, sobre los destinos del mundo, el anunciado «milagro americano».

Combatamos la corriente utilitarista, que dificulta la expansión de nuestro natural impulso latino, y defendámonos contra toda mentira el afán idealista, mármol que esculpido en Grecia, en líneas las más puras, broquela aun hoy el universo con su sombra secular y gigantesca.

Y es por el Ideal, suprema esperanza de perfección, que estamos aquí, en la magnificencia apolínea de esta sala, congregados bajo los encantos de la tarde serena que como un lienzo antiguo va despintando sus matices a medida que el sol se hace cada vez más occidental. Pero, para nosotros, no se hará la noche, señores. Como nuevo astro, al conjuro evocador del poeta, Rodó brillará desde el fondo azul de su gloria y la tarde, volverá entonces a sus esplendores meridianos. Es de Marasso Rocca la tarea; pero es la nuestra, vestir de luto los corazones y guardar dñelo por el sacerdote laico muerto, y cuya virtud más esencial consistió en pontificar por la democracia, por la juventud y por la belleza.

UN ARTICULO VENEZOLANO—

«Nosotros», en su último número de noviembre, con el solo objeto de informar a sus lectores, trascribe un trabajo del — según expresa — distinguido historiador venezolano señor Vallenilla Lanz, publicado originariamente en la revista londinense «El Marconigramas». El Colegio Novecentista que tiene tan hondas afinidades electivas con la obra y la orientación intelectual de Ricardo Rojas, no puede menos de expresar su extrañeza por las opiniones que el señor Vallenilla Lanz emite en ese trabajo por cuenta propia sobre «La Argentinidad», así como por las opiniones que atribuye — también por cuenta propia — al autor del libro que entiende refutar.

Es cierto que el señor Vallenilla Lanz se apresura a declararse «gran admirador» de Ricardo Rojas, cuya labor de Restauración Nacionalista — según afirma — avalora y aplaude; pero en las estrofas de su artículo revive el antiguo y desdichado rencor interamericano que «La Argentinidad», precisamente, combate en palabra y espíritu. Recomendamos pues al señor Vallenilla Lanz una nueva lectura, más meditada y más serena, del libro argentino.

Sabemos por manifestación del mismo Ricardo Rojas que este artículo venezolano será incluido conjuntamente con otro del escritor Zorrilla de San Martín, en un apéndice de la próxima segunda edición de «La Argentinidad». De esta manera el lector podrá comprobar más fácilmente la inexactitud de las afirmaciones de este señor Vallenilla Lanz.

Adolfo Korn Villafañe.

SEMINARIO DE FILOSOFIA CONTEMPORANEA
(INFORME ANUAL)

En la reunión efectuada, a iniciativa del señor José Gabriel, el 16 de junio ppdo. — preliminar a la de constitución definitiva del Colegio — el señor Tomás D. Casares hi-

zo la moción de adoptar como uno de los fines del Colegio a fundarse, la organización de seminarios de estudios intensivos, a semejanza de los instalados con tanto éxito en el Ateneo de Estudiantes Universitarios.

Esta moción despertó vivísimo interés y luego de una minuciosa discusión y estudio durante las dos siguientes reuniones, se le aprobó en la forma de un proyecto presentado por el que suscribe, quien — muy bien acompañado por cierto — se limitó en el curso de la discusión a defender la idea inicial.

Con posterioridad el infrascripto fué designado para llevar a la realización el proyecto sancionado y en tal carácter ha organizado, con el desinteresado apoyo de muchos, un seminario de Filosofía Contemporánea que con 14 inscriptos se ocupó en diez sesiones del problema filosófico de la psicología, tomando por pretexto la obra de Binet, El Cuerpo y el Alma, libro del cual hizo la señorita Lidia Peradotto una luminosa exposición crítica, que se publicará oportunamente en este Cuaderno. La dirección del Seminario estuvo a cargo de un joven y sabio profesor, cuya inquebrantable buena voluntad intelectual solo iguala su vasta ilustración.

Afianzada así la marcha del Colegio con el indiscutible éxito del Seminario, con la sanción de sus estatutos y con el aplauso unánime suscitado por los dos números del Cuaderno aparecidos, circunstancias que al consolidar una institución hacen indiferente las condiciones de la persona que la preside, los señores miembros han querido designar por unanimidad al que suscribe, bien que sin méritos, para llenar la vacante producida por la renuncia del conocido escritor y crítico literario doctor Julio Noé, primer presidente del Colegio.

Adolfo Korn Villafañe.

Alberini

UN CASO DE SABIDURIA NATURALISTA.—

Transcribimos sin comentario el siguiente artículo aparecido en el «Boletín de la Unión Industrial Argentina»:

Interesantísimo. Profesores y alumnos deben de haberse esmerado en desempeñar bien su importante cometido. Está probado que los Seminarios son *wunderbare Einrichtungen*. Pero, a nuestro juicio, lo notable del libro es el prólogo, obra del señor Decano. Antiapodíctico y nada propedéutico, nos revela cosas como estas: «Felizmente, toda la educación pública, de primaria a superior, tiende a efectuarse por la observación personal. La concepción de la unidad de las ciencias ha producido el doble bien de eliminar la anómala distinción de ciencias positivas y morales y de comprender a todas bajo una sola y justa denominación. Las ciencias naturales, reducidas hasta ayer en los planes de estudio a ciertas disciplinas, abarcan hoy casi todo el conocimiento humano. La Filosofía se ha fraccionado en Psicología, Moral, Lógica y Estética, esto es, en cuatro ciencias naturales. La Ciencia Social se ha dividido en Historia, Derecho, Sociología y Economía política, es decir, en cuatro nuevas ciencias naturales; todas ellas constituidas por hechos reales, accesibles a la observación y a la experiencia. Salvado de esta manera el gran escollo del preceptismo, los nue-

vos métodos permiten observar la vida entera con sabiduría naturalista y dirigir la mente al descubrimiento de la verdad.» — ¡Encantados, literalmente encantados!... Las opiniones del señor Decano son cristalinas y rotundas. No se expresan mejor, ni con mucho más sólido fundamento, esos profusos barberos liberalotes a quienes el genial «*E pur si muove*» de Galileo autoriza a proclamarse enemigos personales de cuanto huele a metafísica. Y pensar que Renan, positivista, admitía que «*tout est possible, même Dieu!*...» ¡Qué extraño, pues, que el inequívoco «ochocentismo» de los decanos suscite el categórico «novecentismo» de algunos estudiantes? De ahí que no nos parezca equitativo reprochar a estos muchachos—por lo demás excelentemente intencionados—el que «hayan logrado, a fuerza de suficiencia y optimismo, impedir que penetrara en su espíritu un solo grano de la saludable duda filosófica», como lo hizo días pasados *La Nación*, cuando, habiendo entrevistado un sector del horizonte ideológico exactamente opuesto al que ilumina *in vitis nubibus* la Facultad de Ciencias Económicas, anunció el orto del Colegio Novecentista con un retintín que—para emplear una vez siquiera el prestigioso estilo de moda—rozaba la integridad de prístinas nobilidades realizadas por las vocaciones de los apostolados. No es, por cierto, «*que nous nous embertuquions de tous ces coqueluchons*»; no somos «*les cocassiers de ces coqs plus*

cocasses.» Pero dado que cada cual tiene el derecho de defender los dogmas que necesita para justificar su «*Weltanschauung*», no olvidamos que los jóvenes inocen... ¡oh, pardon!... novecientistas, lo ejercen por euforia, y, carentes de toda representación oficial, tan a sus riesgos y peligros como trajo Cyrano de su viaje al emipéreo las estrellas destinadas a servirle de asteriscos. Luego, la saludable duda filosófica, todavía posible—y plausible—en los vetustos tiempos en que M. Sylvestre Bonnard, archivista paleógrafo, y miembro del Instituto, insinuábase a sí mismo, citando versos del erótico caballero de Parny, apodado el Tibulo francés, que «una apacible indiferencia es la más sabia de las virtudes», convirtiéndose en ridícula entidad supraempírica desde el preciso instante en que la Filosofía hubo de sufrir tormento y ser fraccionada en cuatro ciencias naturales con el fin laudabilísimo de capacitar la mente para el descubrimiento de la verdad. Abrigar ahora la menor duda filosófica resulta intolerable cursilería, chabacana manifestación de intelectos chirles, en suma, «*dotta ignoranza*». En ciertos casos agudos, por ejemplo si la duda versa—¡oh, manes de Fechner y Weber!—sobre la proporcionalidad logarítmica entre la sensación y el estímulo, determina el siguiente grave diagnóstico: «*idiotez*». ¡Claro, pues! ¿Acaso es la duda filosofía un hecho real, accesible a la observación y a la experiencia? ¿Quién la ha palpado, gus-

tado, olido, oído, medido, pesado, etc.? ¿Qué mandarín la conoce? ¿En qué cajón de sastre se la encuentra? ¿Qué Seminario la esquematiza en sus fichas?... No; la duda filosófica fué siempre una nómada, como todas las nómadas superflua o malféica, y como todas ellas también, rechazada en absoluto por la sabiduría naturalista... *Post hoc et propter hoc*, si hay profesores que reducen la Psicología al contacto de las cabelleras de los neurones y la Lógica a una disciplina matemática «descubierta a mediados del siglo pasado por dos ingenieros ingleses», y que, ante un auditorio de mujeres—*o donne, voi sole siete la beatitudine nostra!*—explican las características del amor por medio de las propiedades del metano (CH⁴), bien puede haber alumnos que practiquen la intuición bergsoniana, magüer se trate de una hazaña «no fácil ni consuetudinaria», según nos lo advierte el español García Morente, imitando sin saberlo los deliciosos eufemismos de nuestro doctor Irigoyen (¡don Bernardo!). Respetemos la previsora ley de las compensaciones y admiremos el pragmatismo virtual de las antítesis. Bien está que frente a una escolástica de Laboratorio se alee una escolástica de Tabernáculo... Suficiencia aquí, suficiencia allí, suficiencia en todas partes, se objetará. Conformes, y conste que del tremendo Cohelet, del gran Pirrón, del hondo y amable Montaigne, de cuantos hablaron de vanidad, de ilusión, de incertidumbre,

no va quedando ni el recuerdo. ¿Qué unos y otros pretenden taparnos el cielo con toldos de suficiencia? Convenido, y conste que en ello le corresponde un buen lote de responsabilidad al loco de la Engadina por haber hecho delirar a Zaratustra. Pero tranquilicémonos: el cielo es tan vasto, tan vasto, que en el peor de los casos aun alcanzaremos a percibir un cachito de su inmensidad; y, como lo dijo armoniosamente Chantecler: «un rond d'azur suffit pour voir passer les astres...» En cuanto al optimismo... Convictos de frivolidad o de egoísmo los escépticos, de demencia los pesimistas y de farsantería los ecléticos, ¿cómo no declararse optimista si no se quiere pasar por frívolo, egoísta, demente o farsante? Por otra parte, ¿habrá alguien que no haya visto alguna vez el mundo color de rosa, aunque sólo sea cuando las propiedades del metano (CH⁴) empezaron a compilar la causalidad de su sinergia funcional? El doctor Ingenieros —el más bromista de los estoicos y el más estoico de los bromistas,—varón jovial y fecundo que hojea un libro y escribe otro, en sus lecciones sobre Emerson y el eticismo acaba de enseñarnos que los predecesores de su colega Pangloss fueron numerosos e ilustres: la Academia, el Pórtico, la Escuela de Alejandría, Anselmo y Tomás, Descartes y Leibnitz... Seamos, pues, optimistas, y como tales espereamos confiadamente que la Verdad logrará resistir por algunos años todavía a las vehementes soli-

citaciones de la sapiencia naturalista, aunque sólo fuera para no colocar a los Seminarios de nuestras Facultades—*wás für wunderbare Einrichtungen!*—ante la dolorosísima disyuntiva de tener que desaparecer por falta de objetivo concreto, o de verse obligados a consagrar sus notorias actividades y perspicacias al descubrimiento de la Mentira.—Y para terminar esta nota bibliográfica ya demasiado extensa, permítasenos formular un voto cordial. Nuestro reciente huésped Ortega y Gasset, catedrático de una universidad española, inicia sus «*Meditaciones del Quijote*» afirmando ser profesor de filosofía *in partibus infidelium*. Deseamos ardientemente que en el premio galeato del próximo primer volumen de sus «*Comprobaciones de Calibán*», al referirse a su cátedra de sabiduría naturalista en una universidad argentina, el doctor C. Rodríguez Etehart pueda reeditar por cuenta propia y sin incurrir en la menor hipérbole, esas mismas palabras latinas, pero, para mayor eficaciacienticista, vertidas al esperanto. Y sirvan entonces de epígrafe propiciatorio a la obra, estas otras, de tan rigurosa y amena actualidad: «*mens sana in corpore sano*». —Micrococcus.

INDICE DEL TOMO PRIMERO

(Números 1.º, 2.º y 3.º)

<i>Boutroux Emilio</i> : Prólogo al libro de Eucken «Las corrientes del positivismo moderno», (Trad. de B. T.).....	pág. 40
<i>D'Ors Eugenio</i> : «El Positivismo y el Espíritu», (de la Antología Filosófica).....	» 38
<i>El Colegio Novecentista</i> : Manifiesto.....	» 1
<i>El Colegio Novecentista</i> : Julio Rey Pastor.....	» 30
<i>Fernández Moreno</i> : Nuevos Poemas (versos).....	» 97
<i>Gabriel José</i> : Discurso sobre el Colegio Novecentista.....	» 6
<i>Gabriel José</i> : La barbarie cultural.....	» 61
<i>Gabriel José</i> : A la memoria de Almatuerte.....	» 106
<i>Guido de Ruggiero</i> : Lachelier (Traducción).....	» 164
<i>La Redacción</i> : ¿Qué es Novecentismo?.....	» 130
<i>Morente Manuel G.</i> : La filosofía del hombre que trabaja y que juega (de la Antología Filosófica).....	109 y 169
<i>N. C.</i> : Hombres del Ochocientos, Haeckel.....	» 99
<i>N. C.</i> : Publicaciones recibidas.....	» 126
<i>Noé Julio</i> : Discurso.....	» 4
<i>Noé Julio</i> : «La sombra del convento».....	» 103
Notas a la vida intelectual del mes.....	» 50
Notas a la vida intelectual del mes.....	» 115
Notas y comentarios.....	» 177
<i>Pessolano Ventura B.</i> : La Historia de la Literatura Argentina, de Ricardo Rojas.....	» 141
<i>Rohde Jorge M.</i> : Apuntes estéticos.....	» 131
<i>Sáiz Teófilo de</i> : Momentos (versos).....	» 35
<i>Taborga Benjamín</i> : El Espacio, La Geometría y La Lógica.....	» 65